

REFRACCION LINGÜÍSTICA MATERIALISTA

REVISTA SOBRE

Apuntes para una revisión del enfoque materialista del discurso

Sebastián Sayago

Universidad Nacional de la Patagonia - CONICET. Argentina.

sayago.discurso@gmail.com

Resumen

En este trabajo, propongo criterios para reflexionar sobre el legado marxista de los Estudios Críticos del Discurso. Intento justificar la validez de esta tradición como crítica al capitalismo y reviso algunos conceptos fundamentales, tomados principalmente de la obra de M. Pêcheux.

Palabras clave: Estudios Críticos del Discurso, marxismo, formación ideológica, formación discursiva, ideología.

Abstract:

In this work, I propose criteria to reflect on the Marxist legacy of Critical Discourse Studies. I try to justify the validity of this tradition as criticism of capitalism and I review some fundamental concepts, taken mainly from the M. Pêcheux's work.

Key words: Critical Discourse Studies, Marxism, ideological formation, discursive formation, ideology.

1. Introducción

Uno de los criterios que resultó útil para distinguir las corrientes críticas de análisis del discurso en las últimas décadas del siglo veinte es la adhesión al marxismo. Así, se podían agrupar, de un lado, desarrollos como los de Fowler, Hodge, Kress y Trew (1979) y Hodge y Kress (1979, 1993), Pêcheux y Fuch (1975), Pêcheux (1975) y Fairclough (1989, 1992, 1995) y, del otro, Van Dijk (1995, 1997, 1999), Chilton (1988, 1995, 2004), Wodak (1996, 2000), etc. Esto era posible porque, tanto en Gran Bretaña como en Francia, había trabajos que ensayaban el análisis del lenguaje en sociedad desde una perspectiva marxista, principalmente, de corte althusseriano¹.

Con el pasar del tiempo (y de la historia, sobre todo), las diferencias entre ambas corrientes se fueron licuando. El recurso a categorías marxistas como *lucha de clases*, *alienación*, *emancipación* y *hegemonía* empezó ser cada vez menos frecuente. Incluso la crítica al capitalismo devino en crítica a una de sus variantes, el neoliberalismo. Sin dudas, la crisis del denominado *socialismo real*, simbolizada en la caída del Muro de Berlín, la disolución de la URSS y la consolidación del capitalismo como sistema político y económico global, contribuyó a debilitar la validez de una perspectiva teórica y política que pretendía explicar por qué y cómo el capitalismo iba a ser reemplazado por un sistema más justo y equitativo, construido a partir del fin de la explotación de los trabajadores y la abolición de la propiedad privada.

Pero, pese a este cambio teórico y político, quedan en el aparato conceptual de los Estudios Críticos del Discurso (ECD) huellas de esa etapa marxista. Se podría pensar que actúan como los elementos residuales que R. Williams (1980) reconocía en el campo de la cultura. Así, por ejemplo, se utilizan categorías tales como *ideología*, *manipulación*, *formación ideológica* y *formación discursiva*, sin que su empleo conlleve una adhesión a todos los fundamentos del marxismo.

En este artículo, desarrollo una reflexión sobre diferentes aspectos de este legado marxista que persiste en algunas líneas de los ECD, con el fin de proponer algunos criterios para discutir la cuestión.

2. El marxismo como perspectiva teórica y/o práctica política

En principio, habría que hacer una observación acerca de la etiqueta *marxismo*. En un sentido estrecho, refiere a una perspectiva elaborada a partir de los conceptos desarrollados en los escritos de K. Marx y F. Engels. En un sentido más amplio, incluye también las elaboraciones que otros pensadores han realizado a partir de los lineamientos de los dos fundadores, en una vasta y heterogénea corriente que abarca a V. Lenin, J. Stalin, L. Trotsky, R. Luxemburgo, Mao Tse-Tung, A. Gramsci, L. Althusser, E. Hobsbawn, E. Thompson, P. Anderson, R. Williams, la

¹ Fairclough recuperó el concepto de *hegemonía* de Gramsci, abriendo una línea de teorización que, con los aportes postmarxistas de Laclau y Mouffe, continuó también en sus últimos trabajos.

Escuela de Frankfurt y muchísimos otros. Estos trabajos están vinculados entre sí por un *aire de familia*: asumen la necesidad de luchar contra la explotación capitalista para construir una sociedad comunista, parten de la validez de la idea de luchas de clases, sostienen la primacía histórica del proletariado, establecen una relación más o menos determinista entre las condiciones materiales de existencia y las construcciones culturales, reivindican la libertad del sujeto por sobre las estructuras de dominación y explotación, retoman y amplían la caracterización marxista del capitalismo o completan y actualizan los postulados fundacionales con el fin adecuarlos a la realidad contemporánea, etc. Tal versión ampliada del marxismo define un campo extenso y de límites difusos, con interpretaciones y propuestas que, en varios puntos, pueden resultar contradictorias entre sí. Hay pensadores que, sin negar la influencia del marxismo, se reconocen fuera de sus límites. Es el caso de E. Laclau y Ch. Mouffe, quienes, profundizando en la categoría gramsciana de hegemonía, afirman que su enfoque es *posmarxista*, en tanto ya no consideran válido un análisis social solo con los elementos provistos por el marxismo². Por eso, plantean un enfoque postestructuralista que se nutre, principalmente, de elementos deconstruccionistas de J. Derrida y psicoanalíticos de J. Lacan. En este devenir, abandonan la idea de la revolución socialista como la mejor vía hacia una democracia radicalizada y, en su lugar, proponen el populismo, una opción reformista. El problema de la superación del capitalismo es sustituido por el de la oposición al neoliberalismo (Laclau, 2005)³.

Es posible denominar *marxista*, en un sentido amplio, a una perspectiva que a) sostenga la existencia de la lucha de clases, b) caracterice negativamente el capitalismo (por estar basado en la explotación y la alienación de las personas) y c) plantee la necesidad de la construcción de un orden social, político y económico basado en la igualdad (socialista o comunista). El último de los tres rasgos permite distinguir el marxismo como perspectiva teórica del marxismo como militancia política, en tanto esa necesidad de un nuevo orden social puede ser experimentada como como un deseo o una preferencia o como una posibilidad asociada con acciones concretas⁴.

Si es tomado como una perspectiva teórica, pero no como un conjunto de criterios para orientar la propia práctica política, el marxismo deviene una postura intelectual que utiliza conceptos específicos para realizar solo una crítica al capitalismo. Desde un punto de vista político, el uso puramente académico de la teoría puede ser objeto de reproche, ya que, como afirmó Marx, se

² “En este punto es necesario decirlo sin ambages: hoy nos encontramos ubicados en un terreno claramente posmarxista. Ni la concepción de la subjetividad y de las clases que el marxismo elaborara, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni, desde luego, la concepción del comunismo como sociedad transparente de la que habrían desaparecido los antagonismos, pueden seguirse manteniendo hoy” (Laclau y Mouffe, 1987: 4).

³ Diferente es el recorrido que hicieron otras figuras de la denominada *izquierda lacaniana* (Alemán, 2009), como A. Badiou y S. Žižek, quienes, ubicándose también en los márgenes del marxismo (y, en ocasiones, bastante más allá), reivindican el comunismo como horizonte político. Las críticas que Laclau formula al marxismo han hecho que pensadores como N. Geras (1988) y A. Borón (1996), entre otros, afirmen que, en realidad, él no es posmarxista sino exmarxista.

⁴ Esta distinción no separa actitudes incompatibles entre sí, como lo demuestra la biografía de muchas figuras importantes, que han sido destacados *pensadores* y militantes políticos a la vez.

trata de transformar el mundo y no de interpretarlo. Sin embargo, en el campo de la academia, el marxismo es una perspectiva tan válida como otras.

Esta distancia entre el campo de la academia y el de la política parecer ser suturada por una concepción de ciencia como la que respalda Van Dijk, en su definición de los ECD:

El enfoque crítico de los ECD caracteriza a los académicos más que a sus métodos: los académicos de los ECD y su investigación están sociopolíticamente comprometidos con la igualdad y justicia sociales. Están particularmente interesados en la (re)producción discursiva del abuso de poder y la resistencia a dicha dominación. Sus objetivos, teorías, métodos, datos y otras prácticas académicas son elegidos como contribuciones académicas a tal resistencia. Los ECD están más orientados a los problemas que a la disciplina, y requieren de un enfoque multidisciplinar (Van Dijk, 2016: 169).

Por un lado, bajo este rótulo, quedan incluidas tanto las corrientes de análisis discursivo marxistas como las no marxistas, siempre que compartan el compromiso con la igualdad y la justicia sociales. Por otro lado, se asume que, con esta condición, una práctica académica es también una práctica política, puesto que contribuye a luchar contra los abusos de poder⁵.

Se desprende de lo anterior, entonces, que el marxismo puede ser utilizado como perspectiva teórica y que quien lo utilice puede, además, militar en el campo político, pero que, si no lo hace, igualmente tiene argumentos para asumir que interviene en las luchas políticas dada la orientación de sus investigaciones, mediante acciones de difusión en circuitos especializados y no especializados. Se depositará la esperanza en el efecto multiplicador del conocimiento: las ideas son apropiadas, recontextualizadas, evaluadas, compartidas y usadas como elementos para la elaboración de diferentes discursos y la organización de diversas prácticas.

Más allá de la actitud del investigador, la crítica a la naturaleza injusta del capitalismo estará vigente y será necesaria mientras exista capitalismo, aun cuando no se crea en el advenimiento de una sociedad mejor. El análisis y la denuncia de sus aspectos negativos es una opción teórica y ética valiosa para las ciencias sociales y humanas, sobre todo, que deben moverse en contra de los procesos que tienden a reificar el orden global.

Un estudio discursivo marxista debería esforzarse por relacionar los discursos que analiza con las condiciones materiales de producción, circulación y consumo, determinadas por las relaciones de poder derivadas de las estructuras y tensiones entre las clases⁶. Para ello, es útil contar con

⁵ Claro que, desde cierto punto de vista, es válido asumir que toda práctica académica es también una práctica política, ya que no hay ciencia neutral y tanto las condiciones como los usos del trabajo intelectual están atravesados por intereses sociales y relaciones de poder. En todo caso, lo que aquí se destaca es la decisión explícita de los investigadores de intervenir, con su trabajo, en cuestiones políticas y tratar de ayudar a revertir situaciones de injusticia.

⁶ En los estudios discursivos, el materialismo puede ser caracterizado a partir de los siguientes supuestos (Sayago, 2017: 349-350):

a) La orientación política, epistemológica y teórica en la concepción de la realidad y de las prácticas sociales está dada por el (neo)marxismo.

herramientas teóricas que permitan dar cuenta de la compleja red de sentidos y de poder que (re)produce cada discurso y cada ideología.

3. Formaciones ideológicas y formaciones discursivas

En *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1992), V. Voloshinov expuso con temprana lucidez los lineamientos generales de un abordaje materialista del discurso. De hecho, varias de las cuestiones que planteó hace casi un siglo, forman parte de los fenómenos que se estudiaron varias décadas después. Por ejemplo, la disputa por el valor del signo es un postulado que podemos reconocer en el enfoque del lenguaje de la prensa de Fowler, Hodge, Kress y Trew, y en la explicación de la lucha por la imposición del significado, según Laclau y Mouffe.

Otro gran paso en el desarrollo de un análisis marxista del discurso fue dado por M. Pêcheux, sobre todo en la que él consideró su segunda época, transcurrida en la década de 1970 (Pêcheux, 1983). En esta etapa, articuló conceptos de la lingüística estructuralista, con otros tomados de M. Foucault, L. Althusser y J. Lacan, para elaborar un modelo que explique la relación entre el lenguaje, la ideología y el sujeto⁷.

En 1971, en coautoría con C. Haroche y P. Henry, publicó un artículo en el que se establecía la categoría de formación ideológica:

Se hablará de *formación ideológica* para caracterizar un elemento susceptible de intervenir como una fuerza confrontada a otras fuerzas en la coyuntura ideológica característica de una formación social en un momento dado; cada formación ideológica constituye así un conjunto complejo de actitudes y de representaciones que no son ni ‘individuales’ ni ‘universales’ pero que se refieren más o menos directamente a *posiciones de clases* en conflicto las unas con relación a las otras” (Pêcheux, 1978: 233)⁸.

Así, especificaba la relación entre lo ideológico y lo discursivo mediante un vínculo de inclusión/constitución: la formación ideológica incluye y está constituida por una o más

b. El repertorio simbólico y discursivo está regionalizado en formaciones, dotadas de objetos y procedimientos específicos, variables históricamente, determinadas por sus relaciones de exterioridad.

c. El discurso materializa la ideología.

d. Todo uso del lenguaje es dialógico y socialmente situado.

e. El análisis debe ser desubjetivante, tomando al sujeto como un efecto de sentido del discurso.

f. Las condiciones de producción del discurso deben ser descritas en el marco de relaciones de hegemonía, lo que permite reconocer el lenguaje como un instrumento de legitimación de relaciones de dominación.

g. La metodología más frecuente es el análisis cualitativo de materiales de archivo, es decir, de corpora conformados por textos recolectados.

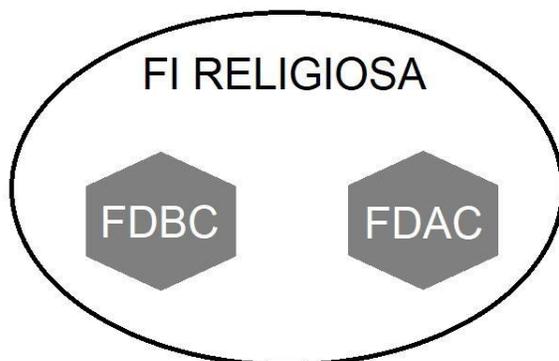
⁷ Este modelo es sistémico en tanto las formaciones ideológicas y discursivas tienen las características constitutivas y operativas de sistemas complejos (Sayago, 2019).

⁸ Esta es la traducción castellana del párrafo correspondiente a C. Haroche, P. Henry y M. Pêcheux, 1971: 102.

formaciones discursivas interligadas. También esbozaba la idea de equivalencias sintagmáticas, que dio pie al modelo de familias parafrásticas desarrollado por él en sus dos obras más importantes, publicadas en 1975 (Pêcheux y Fuchs, 1975; Pêcheux, 1975).

A partir de la tesis althusseriana de que el sujeto es creado como un efecto de la ideología, fundamentó una perspectiva desubjetivizante del sentido y aportó elementos discursivos para explicar las relaciones imaginarias constitutivas de la subjetividad. En este planteo es importante la existencia de las formaciones ideológicas, ya que estas regionalizan el espacio de las actitudes y las representaciones y producen modos específicos de interpelación⁹. Para describir la naturaleza de las formaciones ideológicas y las relaciones entre estas y las formaciones discursivas que las componen, propuso un ejemplo ilustrativo (Pêcheux y Fuchs, 1975: 12): el de la formación ideológica religiosa en el modo de producción feudal. Esta habría efectuado la interpelación de los individuos en sujetos mediante el aparato ideológico religioso. Habría contado, para ello, con dos formaciones discursivas: el sermón rural, destinado al campesinado, y el sermón de alta clerecía, destinado a la nobleza. A partir de diferentes modalidades (lenguajes, estilos, tópicos, etc.), ambas formaciones discursivas habrían logrado, además de legitimar el rol social de la religión, intervenir en el mantenimiento de las relaciones jurídicas y económicas.

Esquema 1: Formación ideológica religiosa medieval (Pêcheux y Fuchs, 1975)



FI RELIGIOSA: formación ideológica religiosa

FDBC: formación discursiva de baja clerecía

FDAC: formación discursiva de alta clerecía

Fuente: elaboración propia

⁹ Voloshinov (1992: p. 33) también asumió la existencia de regiones o “zonas de la creatividad ideológica” con orientaciones y funciones específicas.

Ahora bien, la identificación de las diferentes formaciones ideológicas y formaciones discursivas y las múltiples relaciones entre ellas no es una tarea sencilla. Ante las preguntas “¿cuántas formaciones ideológicas hay en una formación social?, ¿cuántas formaciones puede contener?”, Pêcheux mismo rechazó la posibilidad de *discretización* por considerarla “radicalmente imposible” (Pêcheux, 1978: 236)¹⁰.

En el ejemplo pècheutiano, se presume que la formación ideológica religiosa es católica. Si, en esa formación social, además hubiera existido otra religión (una considerada pagana, tal vez), la representación de las relaciones internas sería más compleja. Habría que establecer distinciones ideológicas y discursivas. ¿Serían dos subformaciones ideológicas (una católica y una pagana) dentro de la formación religiosa? ¿Y si ocurriera, como en muchos países en la actualidad, que hay varias religiones? Incluso si las identificáramos de manera general (cristianismo, protestantismo, islamismo, judaísmo, budismo y el resto), dentro de cada subformación ideológica, podríamos reconocer diferentes géneros, con sus respectivas especies discursivas¹¹.

Pêcheux tomó como base para la identificación de una formación discursiva la existencia de aparatos ideológicos del Estado (AIE), concebidos como las instancias que articulan lo ideológico y lo discursivo en el proceso de interpelación del sujeto. Continuaba el camino abierto por Althusser, quien también había asumido que estos se organizan de acuerdo con su especialización ideológica. En *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, realizó la siguiente enumeración:

AIE religiosos (el sistema de las distintas iglesias),

AIE escolar (el sistema de las distintas “Escuelas”, públicas y privadas),

AIE familiar,

AIE jurídico,

AIE político (el sistema político del cual forman parte los distintos partidos),

AIE sindical,

AIE de información (prensa, radio, T.V., etc.),

AIE cultural (literatura, artes, deportes, etc.).

(Althusser, 2003: 25)

¹⁰ Este pasaje corresponde a Pêcheux y Fuchs, 1975: 12-13.

¹¹ Retomo aquí la distinción género ideológico y especie discursiva, dada en Pêcheux y Fuchs, 1975: 11.

Se infiere que la discretización de los AIE depende de su dimensión institucional: hay sistemas institucionales específicos para la reproducción de la ideología dominante. La interpelación en una iglesia difiere de la interpelación en una escuela porque *funcionan* de manera distinta, aunque busquen el mismo resultado: “la reproducción de las relaciones de producción, es decir, las relaciones capitalistas de explotación” (Althusser, 2003: 35).

Pêcheux retomó este criterio institucional para explicar el funcionamiento de las formaciones ideológicas y ratificar su materialidad. Al hacerlo, no advirtió el problema de correlacionar de manera estricta formación ideológica con aparato institucional, un inconveniente derivado del mismo planteo althusseriano. Pensemos en el caso de un colegio religioso: esa institución escolar forma parte del AIE escolar y del AIE religioso. Parcialmente, la ideología religiosa y la ideología académica confluyen y se complementan, al igual que las formas discursivas y las prácticas.

La complejidad de esta cuestión se manifiesta con claridad en el análisis del marxismo. En primer lugar, no cabe duda de que es una ideología y que, como tal, hay discursos particulares que la materializan. Al comienzo del artículo mencioné algunas obras y autores destacados. También señalé algunos de los límites de la teoría/ideología (como todos los límites teóricos o ideológicos, inestables).

Sin dudas, el marxismo es, entre otras cosas, una formación discursiva. Pero, ¿a qué formación ideológica corresponde? Apunto algunas posibilidades:

-Formación ideológica científica. La obra de Pêcheux se inscribe dentro de una formación ideológica científica marxista; específicamente, en el área de los estudios del discurso, cuya localización epistemológica puede ser asignada a las ciencias sociales. Salvando las enormes distancias, lo mismo ocurre con este texto, publicado en una revista científica que cumple con el juicio de pares (el sistema de referato doble ciego) y que respeta pautas de contenido y de forma estandarizadas en la comunicación científica¹². Dentro de esta formación ideológica, el marxismo puede ser visto como una subformación, en tensión con subformaciones no marxistas.

-Formación ideológica política. El marxismo también es una formación discursiva dentro de la formación ideológica política. Esta, que puede ser delimitada en torno a la disputa por el control y la administración del Estado, incluye también diferentes subformaciones, cuya demarcación no es sencilla. Dependiendo de los criterios, se podrían distinguir a) una subformación ideológica marxista y una capitalista, por ejemplo, o b) una socialista, una liberal y una conservadora, entre otras posibilidades. Incluso, en cada subformación se podrían diferenciar muchas variantes. Dentro de la ideología socialista, hay diferentes variantes, distinguibles según el grado de

¹² Es posible que haya estudios discursivos que se inscriban dentro de las ciencias humanas. Dependerá de la orientación epistemológica y disciplinar.

adhesión al marxismo, a la vía revolucionaria o a la oposición al capitalismo. A la vez, la formación discursiva marxista *dialoga* con otras formaciones discursivas de la formación ideológica política, como la feminista o la ecologista.

-Formación ideológica de medios de comunicación. La formación discursiva marxista constituye la formación ideológica de los medios de comunicación principalmente de dos maneras. La primera es ser una fuente de discursos que la prensa burguesa de *interés general* recontextualiza con el fin de producir el efecto de amplitud y pluralidad de perspectivas. En estos casos, se publican entrevistas a algunos representantes marxistas o reseñas de corte histórico (aniversarios del nacimiento o de la muerte de alguna figura marxista de relevancia, por ejemplo). La segunda manera es la producción de un discurso periodístico propio. Esto ocurre con prensa de organizaciones de izquierda que, mediante las posibilidades ofrecidas por las NTIC, han mejorado su diseño, aumentado su alcance e incrementado su periodicidad, hasta convertirse en muchos casos en diarios o portales de noticias. En fin, se pasó del típico periódico impreso que se entregaba de mano en mano, en la calle o en las manifestaciones, a diarios digitales cuyas notas circulan por diferentes redes sociales y buscan confrontar con la prensa capitalista y conservadora.

-Formación ideológica cultural. El marxismo también es una formación discursiva que compone una formación ideológica que regula prácticas de *pensadores*, intelectuales y artistas que elaboran diferentes interpretaciones de la realidad social. La materialidad discursiva de esta formación es compleja porque, además del trabajo discursivo dentro del marxismo, hay formaciones discursivas constituidas por diferentes modalidades semióticas: canciones, películas, obras literarias, libros de ensayos, etc. Así, un escritor, si manifiesta ciertos rasgos en su producción literaria o en sus opiniones públicas, puede ser considerado “marxista” (por ejemplo, José Saramago).

Este juego de relaciones puede ser esquematizado de la siguiente manera:

Esquema 2: Formaciones ideológicas que incluyen la formación discursiva marxista

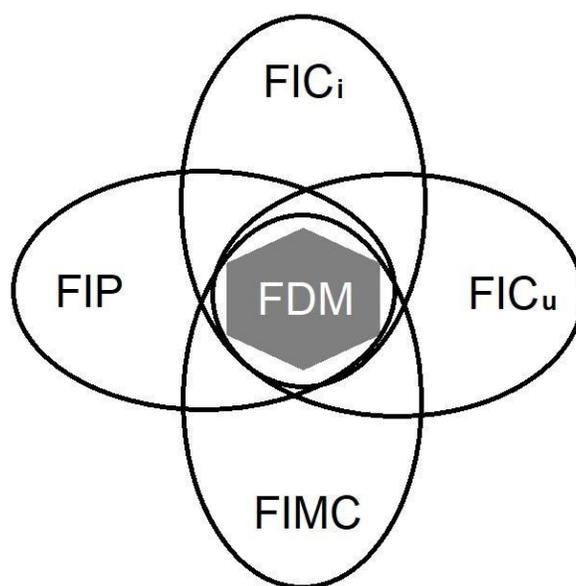
FICi: formación ideológica científica

FIP: formación ideológica política

FICu: formación ideológica cultural

FIMC: formación ideológica de los medios de comunicación

FDM: formación discursiva marxista



Fuente: elaboración propia.

Si se mantiene una correlación estricta entre una formación ideológica y un aparato institucional, las posibilidades apuntadas pueden parecer problemáticas. Pero la percepción cambia si se asume a) que una misma materialidad ideológica puede manifestarse en prácticas desarrolladas en diferentes espacios institucionales y b) que un espacio institucional puede funcionar simultáneamente como dos o más aparatos ideológicos del Estado. Este giro no supone una contradicción radical con el planteo de Althusser y Pêcheux, ya que ambos asumieron que la ideología se materializa en prácticas concretas. Sin embargo, al ser sus respectivos planteos abstractos y tentativos (algo sobre lo que ellos mismos insistieron), no alcanzaron a advertir la múltiple estructuración ideológica de las prácticas concretas.

Prácticas diferentes están unificadas por su función elemental: la reproducción de las relaciones de producción capitalistas (Althusser) y, a la vez, una misma práctica puede estar regulada por varios AIE, es decir, por diferentes formaciones ideológicas. Tal como se evidencia en muchas alocuciones, el discurso del presidente brasileño Jair Bolsonaro está estructurado por una formación ideológica religiosa (evangélica), una formación ideológica política (capitalista) y una formación ideológica cultural (racista y machista). Su interpelación es compleja: habrá casos en que pueda ser solo política y otros en los que afecte a dos o más identidades sociales simultáneamente. Esto ocurre cuando el sujeto interpelado se constituye como alguien blanco, machista, capitalista y cristiano. En tanto práctica social, un acto de alocución es concreto y

singular, único, pero puede estar configurado por la concurrencia de diferentes formaciones ideológicas. Y esto suele contribuir a su efectividad.

Para los estudios del discurso, esta múltiple estructuración se manifiesta como la coexistencia de rasgos ideológico-discursivos en distintos componentes y dimensiones (de acuerdo con el enfoque analítico adoptado). Tales rasgos pueden ser concebidos de un modo más o menos desubjetivante: en un polo, es la persona, vista como agente, quien decide estratégicamente utilizarlos en su producción verbal; en el polo opuesto, es el estado de relaciones entre formaciones o, en última instancia, la situación de la lucha de clases lo que determina que ese discurso sea posible.

4. Lucha de clases y antagonismos

Pêcheux, siguiendo los postulados althusserianos, vinculó las características de las formaciones ideológicas con las necesidades reproductivas del sistema social y con el estado de la lucha de clases. Habría una tendencia a la reproducción de las relaciones de dominación, que, por supuesto, no están exentas de contradicciones y resistencias.

En esta etapa de la historia, con el capitalismo consolidado como modo de producción internacional y sin alternativas socialistas revolucionarias exitosas, la idea de lucha de clases podría parecer obsoleta o forzada. Entonces, si fuera así, ya no podríamos recurrir al concepto de formación ideológica, al menos, en el sentido dado por Pêcheux.

Una posibilidad consiste en plantear que la lucha de clases es solo uno de los muchos antagonismos que constituyen la sociedad¹³. Así, además de este conflicto determinado en última instancia por la infraestructura económica, distinguiríamos otros determinados por otras oposiciones: por ejemplo, de género, de raza, de religión, de identidades políticas, etc. Quedaría por revisar el vínculo entre estos antagonismos y la lucha de clases: ¿esta los determina (en última instancia) o son procesos independientes y complementarios?

Si analizamos la representación estigmatizante de ciertos inmigrantes en la prensa, ¿es válido tomar este fenómeno determinado en última instancia por la lucha de clases? Raiter (2007) afirmó que sí, en su crítica a los estudios discursivos que se quedan en el reconocimiento y la denuncia de casos de discriminación social, sin vincularlos con las características propias de un sistema basado en la explotación de la clase trabajadora:

En la actualidad, el fenómeno del racismo en Europa centro occidental y en los Estados Unidos está referido básicamente a la inmigración de trabajadores, a la importación de mano de obra barata proveniente de países periféricos hacia los países con más alto desarrollo capitalista. Lo que impulsa a los trabajadores de Asia, África, América Latina y aún Europa Oriental a viajar a Europa

¹³ Esta es la vía posmarxista de Laclau.

occidental y/o Estados Unidos es la falta de medios de subsistencia en sus territorios de origen. De modo que lo que debemos preguntarnos no es sólo por qué sufren malos trato los trabajadores inmigrantes, sino por la existencia misma de la inmigración. La clase obrera debe alquilar su fuerza de trabajo para sobrevivir; si nadie la alquila en Puebla, Oruro o en Nairobi, deberán concurrir hacia donde haya demanda. En otros términos, podemos comenzar por criticar la división internacional del trabajo (Raiter, 2007: 20).

Las causas que motivan el flujo migratorio de los países periféricos a los países centrales son similares a las que, dentro de la misma periferia, impulsan a hombres y mujeres a desplazarse a las grandes urbes en busca de trabajo. Ese movimiento puede provocar el rechazo de grupos sociales locales, que realizan prácticas discriminatorias a partir de aspectos tales como el lugar de origen, la raza, la religión o la clase social (por el simple hecho de ser pobres). Desde un punto de vista marxista, se puede afirmar que, en muchos casos, la falta de solidaridad en la clase trabajadora genera estos hechos de violencia, a la vez que facilita la reproducción del modo de producción.

La expansión del capitalismo provoca diversos conflictos, en todo el mundo, aunque no con la misma intensidad. El extractivismo, el uso de agrotóxicos, la contaminación ambiental, la apropiación por despojo, la imposición de identidades nacionales etnocéntricas, el incremento del desempleo y la precarización son facetas de un fenómeno que tiene como raíz la distribución desigual de los recursos y la explotación de una clase social. Muchos de los discursos que representan estos conflictos constituyen el corpus de nuestros estudios.

Sin embargo, no todos los conflictos sociales que ocurren en una sociedad capitalista están determinados, en última instancia, por el modo de producción. Ocurre con la violencia de género, por ejemplo, que es una clase de violencia asociada a un sistema patriarcal cuyos orígenes son muy anteriores a los del capitalismo. Está presente en todas las clases sociales, incluso en grupos que luchan por un radical cambio social y político. Pero, igualmente, esta violencia puede estar incentivada por las relaciones de explotación o adoptar características específicas del modo de vida capitalista (por ejemplo, vinculadas con pautas de consumo de mercancías).

Aceptar esta posibilidad no supone una contradicción con un enfoque marxista del capitalismo. El enfrentamiento entre clases persiste como el antagonismo social más importante, aunque de ninguna manera es el único. También es válido aceptar que no todas las luchas sociales están orientadas a cambiar el sistema capitalista, aunque las raíces del conflicto están asociadas a este. En la mayoría de los casos, los grupos no luchan por una revolución o un cambio de sistema sino por lograr una reforma que pueda ser tomada como un paso más en una inclusión relativamente ideal.

En lo que compete a un enfoque marxista del discurso, no es una aporía distinguir conflictos sociales derivados de la lucha de clases y conflictos sociales que pueden ser más o menos independientes de ella. Las formaciones ideológicas siguen siendo configuraciones de sentidos y

prácticas orientadas a mantener los órdenes dominantes, siendo el principal de estos el capitalista, pero no el único ni el más evidente.

5. Ideología y sujeto

Hasta aquí, intenté justificar los siguientes postulados:

- una misma materialidad ideológica puede manifestarse en prácticas desarrolladas en diferentes espacios institucionales,
- un espacio institucional puede funcionar simultáneamente como dos o más AIE,
- las prácticas tienen una múltiple estructuración ideológica,
- una formación ideológica puede incluir subformaciones ideológicas,
- una misma formación discursiva puede ser componente de más de una formación ideológica,
- la lucha de clases es el antagonismo principal en el sistema capitalista, pero de ninguna manera el único.

Todo lo desarrollado apunta a reconocer la existencia de pluralidades y sus efectos en el plano de la ideología y de las prácticas. Esto también tiene consecuencias lógicas en la concepción de sujeto, ya que obliga a cuestionar su unicidad. El individuo está sometido a una interpelación múltiple. Un seguidor de Bolsonaro puede ser constituido como blanco, macho, nacionalista y cristiano, en tanto que otro, solo como macho y nacionalista. A la vez, uno puede ser un seguidor fuertemente identificado con la ideología del líder y otro puede experimentar una identificación más débil.

El hecho de que existan muchísimas formaciones y subformaciones ideológicas y de que los discursos que las materialicen se difundan con facilidad a través de los medios de comunicación tradicionales y de las redes sociales pone en riesgo la unicidad identitaria presupuesta en la interpelación althusseriana. Una persona es constituida como sujeto marxista a partir de cierto discurso, en un contexto específico, pero, a la vez, como un sujeto que duda del marxismo, expuesto a ese exterior ideológico y discursivo que no es solo presupuesto sino también parte efectiva de la interpelación. No escucha solo la voz de la formación ideológica, acompañada de los ecos de las voces que rechazan la validez de esa formación, sino también voces que hablan de otras cosas y que recuerdan que el mundo es siempre más complejo de lo que una formación ideológica puede representar.

De esto se desprende la posibilidad de que la autoidentificación grupal sea incompleta y fallida y no un mecanismo coherente, estable y definido, como propone la teoría de T. Van Dijk (1995, 1999). Un profesor puede no ser solo alguien cuya posición se defina por su relación con los

estudiantes o cuyo recurso más valioso sea el conocimiento¹⁴: puede ser, además, alguien cuyo recurso más valioso sea la estabilidad laboral, alguien que se oponga al gobierno (si trabaja en una escuela pública), al sindicato (si no lo defiende adecuadamente), a los padres (si no valoran de manera justa su labor) o a sus propios colegas (si cree que tienen poco compromiso con el trabajo o, al contrario, que tienen demasiado), etc. No hay un solo Ellos (o exogrupo) porque no hay un Nosotros (o endogrupo) homogéneo y unificado. Las autoidentificaciones grupales no son monolíticas, puesto que la interpelación introduce la pluralidad ideológica, es decir, la duda y la contradicción.

Representar la sociedad como un entramado grupal implica caer en un esencialismo de grupos. Los protagonistas de la historia ya no son las clases o fracciones de clase sino grupos autodefinidos ideológicamente. La categoría de grupo, sin embargo, no presenta menos problemas que la de clase. Por ejemplo, ¿cuáles son sus límites? ¿Todos los fanáticos de fútbol constituyen un grupo? ¿Todos los fanáticos del FC Barcelona en el mundo, también? ¿Tanto quien sigue ansiosamente la totalidad de los partidos del club como quien experimenta apenas una ligera simpatía e igualmente se asume como simpatizante de la entidad catalana?

Según van Dijk, “un conjunto de personas constituye un grupo si y sólo si, como colectividad, comparten *representaciones sociales*” (1999: 182). La cuestión de los límites materiales (la cantidad máxima de integrantes) queda subsumida a la de los límites representacionales: todos los individuos que compartan ciertas representaciones de la realidad forman parte de un grupo, no importa cuántas sean. Ahora bien, el modo como se construyen y se comparten esas representaciones es complejo, ya que los aspectos característicos de estas construcciones sociocognitivas varían en cantidad, jerarquía y permanencia. Para algunos integrantes del grupo una representación compartida puede tener más rasgos definitorios que para otros y la jerarquía entre tales rasgos puede no ser la misma para todos. Algo similar ocurre con los cambios diacrónicos: las representaciones sociales no son estáticas y, si un grupo es grande, seguramente los cambios no son homogéneos y automáticos, ya que dependen de los contextos particulares donde circulan.

Acotar la ideología al grupo y no a la formación ideológica conduce a otro problema: el de la constitución de la misma ideología. ¿Cómo surge una ideología grupal? Si el grupo está compuesto por sus integrantes, ¿son ellos quienes, mediante interacción o simple adhesión, establecen la ideología grupal? Dicho de otro modo, ¿los individuos transmiten sus características al grupo y este es el resultado de la suma de lo aportado por cada uno de ellos? ¿La ideología del grupo, entonces, sería la síntesis de las ideologías individuales? Evidentemente, no hay una relación de transitividad entre individuos y grupos, por lo tanto, la

¹⁴ Retomo aquí un ejemplo dado por Van Dijk (1995: 249-250) para caracterizar la categoría de *autoesquema grupal* (*group self-schema*)

ideología viene de otro lado. Hay otras críticas que se pueden hacer sobre el concepto de ideología grupal, pero lo apuntado basta para señalar su debilidad teórica¹⁵.

Para finalizar, propongo una definición de ideología que, sin ser novedosa, se desprende de lo desarrollado hasta aquí. Retoma la concepción neutra, que el marxismo consolidó a partir de los trabajos de Lenin¹⁶:

La ideología es un conjunto de representaciones que permite dar un sentido al mundo y estructurar prácticas individuales y colectivas. En el capitalismo, actúa como justificación para aceptar o para cuestionar el statu quo (principalmente, el modo de producción y/o el modo de vida capitalistas). Puede ser un velo (o falsa conciencia), si la representación del mundo y la autorrepresentación impiden asumir la propia subalternidad determinada por relaciones de antagonismo social (en especial, la lucha de clases). Se materializa a través del discurso y de otras modalidades semióticas.

Planteada en estos términos (o en otros similares), la ideología es un objeto de estudio preciso para los estudios materialistas del discurso. Es algo que se debe reconocer y caracterizar a partir de la pregunta: ¿Qué relación hay entre este discurso que estamos analizando y el capitalismo?

6. Comentario final

He intentado señalar algunos de los puntos que podrían ser de interés para una revisión de los ECD de tradición marxista. Muchas de las reflexiones propuestas son tentativas y tal vez hasta insensatas, en tanto abordan temas que han sido y son desarrollados en profundas y extensas discusiones en la literatura de la filosofía y las ciencias sociales. Sin embargo, teniendo en cuenta que, en el campo específico de los ECD, la discusión acerca de la vigencia de la herencia marxista no es algo frecuente, expuse algunas ideas que pueden servir como un disparador para un análisis más amplio y riguroso.

Entre los puntos que quedaron sin abordar, está el peso de los aportes psicoanalíticos (sobre todo, lacanianos), importantes para explicar la constitución imaginaria del sujeto, tanto en los trabajos de Althusser como de Pêcheux. Una revisión del marxismo en general y del marxismo aplicado

¹⁵ Esta crítica no está orientada al abandono de la categoría de grupo sino a su reconsideración. Una posibilidad es la que propone el sociólogo alemán N. Luhmann (1998, 2006), al afirmar que un sistema social (p. e., un grupo) debe ser visto como un entorno respecto del cual el individuo adecua su conducta. Se podría explicar así las variaciones en las maneras como una persona expresa sus opiniones en el contexto grupal: a partir de su percepción del grupo, en cada momento, evalúa la conveniencia o no de actuar de cierta manera, sin que ello suponga abandonar el grupo. Tal adecuación estratégica de la conducta está condicionada, por un lado, por la motivación personal y, por otro, por las restricciones ideológicas.

¹⁶ J. Larraín (2008) analiza el cambio que el concepto de ideología experimenta dentro del marxismo, desde el valor negativo dado por Marx y Engels hasta el neutro, que, luego de Lenin y Gramsci, es aceptado ampliamente. También explica cómo ambas concepciones están presentes todavía en la obra de Althusser.

al estudio del discurso en particular exige replantear la concepción de sujeto, en un proceso de análisis que evalúe la adecuación de un modelo que postula la existencia del inconsciente, en comparación con modelos cognitivos que caracterizan al individuo como un procesador de información, dotado de memorias y de capacidades asociativas e inferenciales.

También el concepto de formación discursiva debería ser uno de los ejes de la discusión. ¿Es una herramienta teórica útil o, en cambio, tiene una carga teoría excesiva? En el caso de que deba ser preservada, ¿habría que reconsiderar su relación con la idea de lucha de clases? En última instancia, ¿los investigadores que adherimos a un enfoque materialista del discurso podemos seguir utilizando categorías marxistas para criticar el capitalismo? ¿Qué se pierde si no lo hacemos?

A esta altura, el desafío no es seguir haciendo análisis discursivos al modo de Pêcheux, sino hacerlo a partir de él. Hay que seguir avanzando.

Referencias bibliográficas

- Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Grama.
- Althusser, L. (2003). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. En Althusser, L. (2003), *Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan* (pp. 9-66). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Borón, A. (1996). “¿Post-marxismo? Crisis, recomposición o liquidación del Marxismo en la obra de Ernesto Laclau”. *Revista Mexicana de Sociología*, 58(1), enero-marzo. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100614112826/4cap3.pdf>
- Chilton, P. (2004). *Analysing political discourse: Theory and practice*. Londres: Routledge.
- Chilton, P. (1995). *Security metaphors. Cold war discourse from containment to common house*. Nueva York: Lang.
- Chilton, P. (1988). *Orwellian language and the media*. Londres: Pluto Press.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*. London: Longman.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- Fairclough, N. (1995). *Critical discourse analysis. The critical study of language*. Londres y Nueva York: Longman.
- Fowler, R., Kress, G., Hodge, B. y Trew T. (1979). *Language and Control*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Geras, N. (1988). “Ex-Marxism Without Substance: Being a Real Reply to Laclau and Mouffe”. *New Left Review*, nº 169, mayo-junio. Recuperado de: <https://newleftreview.org/issues/i169/articles/norman-geras-ex-marxism-without-substance-being-a-real-reply-to-laclau-and-mouffe>
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Larraín, J. (2008). *El concepto de ideología, Vol. 2. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*. Santiago: LOM.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales*. Barcelona: Anthropos.
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.

- Pêcheux, M. (1975). *Les vérités de La Palice*. París: Maspero.
- Haroche, Cl., Henry, P. y Pêcheux, M. (1971). La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours. *Langages*, año 6, n° 24, pp. 93-106. Recuperado de: http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/lgge_0458-726X_1971_num_6_24_2608
- Hodge, R. y Kress, G. (1979). *Language as Ideology*. Londres: Routledge. 2° ed, 1993.
- Pêcheux, M. y Fuchs, C. (1975). “Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours. *Langages*,” año 9, n° 37, pp. 7-80. Artículo traducido e incluido en M. Pêcheux (1978). Recuperado de: https://www.persee.fr/doc/lgge_0458-726x_1975_num_9_37_2612.
- Pêcheux, M. (1978). *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Pêcheux, M. (1983). A análise de discurso: três épocas. Em F. Gadet y T. Hak (orgs.), *Por uma análise automática do discurso. Uma introdução à obra de Michel Pêcheux*. Campinas: Editora da Unicamp, 1990.
- Raiter, A. (2007). Los significados son ideológicos: el análisis del discurso como análisis social. En P. Santander (ed.), *Discurso y crítica social* (pp. 11-25). Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Sayago, S. (2017). “Representaciones sociales en la prensa. Una propuesta de análisis desde un enfoque materialista del discurso”. En M. Pascual (comp.), *Los estudios del discurso en la Argentina Actual. Nuevos desafíos, nuevas miradas* (pp. 347-362). San Luis: Nueva Editorial Universitaria – UNSL.
- Sayago, S. (2019). Una aproximación a los modelos en el Análisis del Discurso. En L. Rivas y M. S. García (ed.), *Estudios del Discurso: Desafíos multidisciplinares y multimodales* (pp. 233-241). Santa Rosa: Universidad Nacional de la Pampa.
- Van Dijk, T. (1995) Discourse semantics and ideology. *Discourse & Society*, 6(2), pp. 243-289. Recuperado de: <http://www.discourses.org/OldArticles/Discourse%20semantics%20and%20ideology.pdf>.
- Van Dijk, T. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós.
- Van Dijk, T. (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. (2016). Estudios Críticos del Discurso: Un enfoque sociocognitivo. *Discurso & Sociedad*, 10(11), pp. 167-193. Recuperado de:

[http://www.dissoc.org/ediciones/v10n01/DS10\(1\)Van%20Dijk.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v10n01/DS10(1)Van%20Dijk.pdf)

Voloshinov, V. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza.

Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Wodak, R. (1996). *Disorders of Discourse*. Londres y Nueva York: Longman.

Wodak, R. (2000). Does sociolinguistics need social theory? New perspectives on critical discourse analysis. *Discourse & Society*, 2(3), pp. 123-147.